

Experientos.
Moncho Alpuente.

Los okupas llenan un vacío, taponan esos huecos por donde se les escapa la vida a pedazos a viejos, y no tan viejos, edificios, edificios desahuciados, condenados a la extinción, a pudrirse, piedra a piedra, hasta convertirse en providenciales ruinas que eviten a sus propietarios los gastos de la demolición y justifiquen una intervención definitiva, por razones de salubridad y seguridad, que los deje asolados, econvertidos en solares, listos para la especulación.

Ve cómo resurge de sus proyectadas cenizas uno de estos edificios huérfanos debe ser un espantosa pesadilla para propietarios, intermediarios, especuladores y recalificadores interesados en tan rentable negocio. Sin duda hubieran preferido verlos infestados de ratas y jeringuillas, descomponiéndose a la intemperie, con los tejados hundidos y las cornisas en inestable y peligroso equilibrio sobre la acera. Las autoridades municipales suelen mirar hacia otra parte, hacer la vista gorda, frenar estos brotes de lepra que corroen, de forma inexorable e implacable, el corazón de la urbe. Cómplices, o al menos encubridores, de todos los desaguisados de esta índole, los municipales también tiemblan cuando ven aparecer, sobre las desvalidas fachadas de los edificios condenados, las pancartas solidarias y libertarias de un nuevo centro okupa.

Para los antidisturbios, encargados generalmente de la solución final, la papeleta tampoco debe ser plato de gusto, sobre todo si han de llevar a cabo el operativo de desalojo a la luz de las cámaras, que suelen dejarles en posición desairada. A nadie, se supone, le gusta verse retratado en las instantáneas que publican los diarios y en los informativos de la televisión en el ingrato trance de rrastrar por los pelos a un adolescente coletudo o distribuyendo porros a mansalva sobre las intensas cabzas de la grey juvenil y desarmada.

Los okupas son un inkordio (con k para respetar su asilvestrado grafismo), son un plag recalcitrante y de una gran movilidad. Los okupas han desarrollado un sistema de comunicación, parecido al de las hormigas y otros insectos sociales, que les proporciona datos sobre otros inmuebles okupables en cuanto son desalojados de una de sus madrigueras. Los okupas son también difíciles de erradicar porque, aunque conviven con la utopía, han aprendido ser pragmáticos. Antes de okupar ya saben que un día serán desokupados, y que su posibilidad de subsistencia está en el nomadismo, en su capacidad de reacción frente a cada batalla perdida. Los okupas aprendieron también que se puede ganar una guerra perdiendo todas las batallas.

En uno de los muros de EL Laboratorio, edificio okupados de Lavapiés, puede leerse: "Si luchas puedes perder, si no luchas estás perdido". El laboratorio, un antiguo centro de investigaciones veterinarias, es un amplio, feo y destaralado edificio donde es plausible suponer que un resuenan los ecos de los gritos abominables de las bestias allí sacrificadas en aras del progreso humano y de la insaciable curiosidad científica de la especie. Pero en El Laboratorio, destinado luego a ser pasto de las ratas, se escuchan hoy otros sonidos, músicas étnicas o electrónicas que asoman por [...]